

EL REFORMISTA

Donatiu de la Redacció



SETMANARI POLÍTIC D'AVISOS I NOVES

Preu de subscripció:
1 pesseta trimestre. — Nombre solt 10 céntims.

Redacció i Administració:
Carrer de Clivillers, 22

Any I

OLOT 28 de Maig de 1914

Nom. 20

A LA JUVENTUD ESPAÑOLA MANIFIESTO

(Continuación)

El reformismo significa la incorporación de estas ideas, por primera vez, a un gran partido nacional, que se propone llevarlas a la opinión en su forma política apta para la solución de los problemas concretos en la complejidad de su detalle y alcanzar los órganos del poder para conseguir su plena realización.

Las condiciones que el momento actual ofrece para la realización de esta obra son tan propicias, que hasta el día jamás se han dado juntas y es difícil que puedan volver a darse. Por eso su simple aparición ha provocado en gran parte del país un fuerte movimiento de esperanza.

El fracaso del intento de Costa produjo efectos morales desastrosos. La pasividad del pueblo ante su llamamiento viril a la vida, hecho a raíz del tremendo desastre, nos llevó a considerar la revolución como un sueño pretérito que ya no había de servir más que para vanos ejercicios de retórica. Pasó sobre España un viento de pesimismo y desesperanza que alejó de la política a los elementos sanos de la nación, dejando el campo libre a los eternos vividores, mientras el pueblo, insensible y agotado, se acostaba a morir. ¿Qué ha pasado después, en estos años, para que haya renacido entre nosotros la esperanza? No es preciso insistir sobre hechos que están en la conciencia de todos.

Acabamos de asistir a la descomposición de esos dos cuerpos gangrenados que, con el nombre de partidos

turnantes, absorbían la gobernación de nuestro pueblo. Han muerto como lógicamente tenían que morir: el partido conservador, llevado en manos de Maura a sus últimas consecuencias, murió en condiciones hasta cierto punto trágicas; el partido liberal, viniendo a caer en manos de Romanones, ha muerto en medio del ridículo.

Y entre tanto la edad y las circunstancias han revelado a plena luz la personalidad del Jefe del Estado, un rey joven y sereno, hombre de su tiempo, amante de su patria, quien desde su alto poder regulador no será jamás un obstáculo para la realización de cualquier política que la opinión nacional imponga.

Estos hechos, que cambiaban de tal manera la faz de la política monárquica, no podían menos de influir de rechazo en el campo republicano. Porque el cambio de las circunstancias era tan transcendental, que, en opinión de muchos, la hostilidad de estas huestes al régimen imperante ya no tenía razón de ser. Así lo proclamó ante el país nuestro ilustre jefe don Melquiades Álvarez, cuya actitud noble y patriótica, si no ha sido por todos bien comprendida, le ha conquistado de nuestra parte el más alto prestigio; pues sólo lo merece quien, en el momento crítico, arrostrando cierta impopularidad segura y aceptando la enorme responsabilidad que cae sobre sus hombros, no vaciló en ponerse al servicio de sus ideas y de su patria. Orgullo de nuestro partido es poder colocar siempre al lado del nombre de nuestro jefe, los nombres gloriosos de Pérez Galdós, Azcárate y D. Fernando González, que, a las puertas de la muerte, cuando toda ambición es vana, nos han señalado el camino del deber. Alrededor de estos hombres se han constituido las fuerzas reformistas, integradas por elementos valiosísimos de la política

militante, engrosados con numerosas fuerzas nuevas que sólo ahora han creído posible y eficaz consagrar su fe y su energía a las contiendas públicas.

Supone esta actitud del partido reformista respecto de la monarquía la negación de la substancialidad de las formas de gobierno. Nosotros hemos combatido y combatiremos contra la monarquía, proclamando lo necesario de la revolución que supone el cambio de la forma de gobierno, siempre que circunstancial e históricamente la monarquía sea un obstáculo para la realización del contenido de nuestro programa liberal y democrático. Pero ni hemos pensado ni pensaremos nunca que la sustitución de la forma de gobierno sea más que un medio que, al proporcionarnos el poder, permita la realización de nuestras ideas. Y como pensamos que la monarquía moderna no es esencialmente incompatible con la forma actual de la civilización ni con los progresos liberales y democráticos, de lo que hay ejemplos brillantes en Europa; como creemos, por lo tanto, que la substancialidad de toda institución estriba únicamente en su eficacia; si la monarquía española circunstancial e históricamente se hace compatible con el desenvolvimiento total de nuestras ideas—que es lo que nos importa e importa al país—, nos felicitaremos de haber acertado el camino, ahorrando a la nación una revolución sangrienta, y nos dispondremos lealmente a servir a nuestras ideas dentro de la monarquía.

En el siglo XVIII la monarquía española y ciertos elementos directores, intentaron la regeneración de la patria, y fracasaron porque les faltó la adhesión de los sentimientos dominantes en la inmensa mayoría del país. Durante el siglo XIX se ha despertado en parte del pueblo la con-